



Alicia Giménez
Bartlett **Sin muertos**

DESTINO

Sin
muertos

Alicia
Giménez
Bartlett

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1512

© Alicia Giménez Bartlett, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-233-5821-2
Depósito legal: B. 15.130-2020
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

No quiero que me quieran

Nací envuelta en amor, rodeada de amor, anegada, sumergida. Lo que había sido líquido amniótico se convirtió en amor en cuanto aspiré la primera bocanada de aire. Mi madre contaba que era una recién nacida muy hermosa. Según ella, todas las enfermeras de la clínica pasaban a verme después de su turno, aunque no trabajaran en la planta de Maternidad. Se había corrido la voz de mi belleza. Atendiendo a mi aspecto cuando crecí, a cómo he sido después a través de los años, seguro que no era para tanto. Sin duda se trataba de una exageración, una de las típicas exageraciones de mi madre, de las que tanto abusaba. He de decir que tales desproporciones solían tenerla a ella como protagonista. También en este caso, puesto que si todo el cuerpo de enfermería en pleno acudía a admirarme yaciendo en mi cunita, era porque ella, mi madre, me había parido magistralmente a una edad, para la época, avanzada, y entre terribles sufrimientos que soportó con entereza, sin un solo grito o lamento. Ella era el centro de la historia. Era a ella a quien felicitaban por una hija tan linda y a quien rendían público homenaje. Mi madre era así: el vértice en el que confluían todos los egos.

Y, sin embargo, a pesar de tanta inundación amorosa, tanto encandilamiento sanitario, tanto orgullo puerperal y tanta gaita, estoy segura de que fui una hija no deseada,

o al menos albergo serias dudas sobre ello. Me lleva a pensar algo semejante un montón de circunstancias, no definitivas, pero sí algo sospechosas. Para empezar, la edad de toda mi familia. Mis hermanas eran ya bastante mayores cuando yo nací. A pocos se les ocurre ampliar el núcleo familiar con nuevos miembros después de diez años de configuración estable. En cuanto a mis padres, mi madre frisaba los cuarenta cuando me tuvo y mi padre tenía cuarenta y cuatro. Padres maduros, casi viejos. Pero hay más motivos que alientan mi desconfianza. Por ejemplo, los económicos. No éramos ricos. El dinero nunca faltó en casa, pero tampoco sobraba. Mi padre era profesor de instituto y mi madre no trabajaba, aunque cobraba unas pequeñas rentas que heredó. ¿Quién en los años cincuenta se atrevía con tres hijos para los que se preveían años de estudio, además? No, tengo por cierto que soy un producto casual, el resultado de un rescoldo de pasión no controlada. Muy probablemente al descubrir el embarazo hubo una reacción paterna de horror, quizá incluso de desesperación, aunque finalmente asumieron el destino, y de esa asunción nací yo.

Como dije, el amor inicial del que fui objeto, una auténtica oleada, tuve que pagarlo durante años. Para mí, una tierna criatura recién llegada al mundo, que me amaran era algo natural. ¿Cómo iba a saber yo que mi nacimiento había provocado en la familia, sobre todo en mi madre, renunciadas e incomodidades, dolor y replanteamientos vitales importantes? No, yo creí durante mucho tiempo que me querían «gracias a...», hasta que comprendí que aquel cariño era «a pesar de...». El amor recibido se convirtió en un arma poderosa en manos de mi madre, arma que blandía frecuentemente en mi contra. «El tuyo fue un parto terrible —es una de las frases que recuerdo oír la pronunciar—. Me destruyó físicamente. A raíz de tu nacimiento empecé a engordar y a envejecer más rápido.» Yo escuchaba con atención sus explicacio-

nes, que no explicaban nada, que eran para mí simples afirmaciones, descripciones que no sabía cómo catalogar. Sin embargo, me quedaba con la impresión de haber tenido algo que ver con los sufrimientos maternos. El mensaje que se intentaba trasmitirme: «a pesar de los pesares eres infinitamente amada», lejos de serenarme, hacía brotar en mí un fuerte sentimiento de culpabilidad. Por supuesto, en mi primera infancia desconocía por completo la existencia de algo llamado complejo de culpa, un concepto abstracto que llegué a aprender después a la perfección.

En cualquier caso, la idea de amor se gestó en mi mente como algo que, aun sin merecerlo, recibes igual, y lo recibes porque el emisario ha suscrito con él mismo un compromiso crucial que te implica, lo desees o no. Es decir, que recibir amor es algo a lo que no has optado, pero que debes aceptar, como si un enorme pedrusco te cayera encima aplastándote y tú, inmovilizado contra el suelo, dieras por bueno el despeñamiento e incluso elevaras al cielo un *Deo gratias* o cualquier otra oración de gratitud. A raíz de todo esto, pronto apareció en mí el siguiente fenómeno: el hecho de que alguien me ame por las buenas, con sincero amor no solicitado, me provoca verdadero dolor de estómago, auténtico horror. Al mismo tiempo, y como si soy reina en algo es en la contradicción, me parece de lo más normal recibir amor de todos, como si fuera algo consustancial a mi modo de estar en el mundo.

La culpa es un invento milenario que se trasmite de generación en generación en los países de origen católico. Afortunadamente, como no he tenido hijos, el terrible desaguizado termina en mí. Siempre he suscrito la idea de que las trasmisoras de la culpa somos las mujeres, al igual que las hembras del mosquito anofeles transmiten el paludismo o la malaria.

Las reglas de mamá

Mi madre, según la palabra usada actualmente en la jerga juvenil, era TOTAL. Yo me la represento ahora como una mezcla entre Anna Magnani, Irene Papas y Maria Callas. Tres mujeres impactantes, las tres con un punto trágico, las tres dedicadas curiosamente al mundo de la representación y el espectáculo. Hija de militar, era racial, explosiva a veces, siempre exhibiendo aires de gran señora. Sus reglas de urbanidad resultaban severas para todos: «en la mesa se debe comer adecuadamente vestido, sea cual sea la circunstancia», «sentada o de pie, las piernas siempre juntas», «la voz, siempre baja, gritar es vulgar». Podría seguir con los ejemplos, que ofrecían especificaciones insólitas: «los zapatos, que nunca acaben en punta, es una ordinariez», y que, sumados al catálogo de normas educacionales más habitual, acababan formando un reglamento apabullante que debíamos cumplir a rajatabla. Paradigma de víctima de las buenas maneras fue mi padre, al que siempre vi en la mesa con americana y corbata. Sólo fue liberado en parte de la condena cuando ya era muy mayor, y el aligeramiento consistió en quitarse la corbata y sustituir la americana por una chaqueta de punto, naturalmente, abrochada.

Debo afirmar, en descargo materno, que en el fondo de las cuestiones generales, es decir, en la conducta frente a la vida, era más liberal. Las normas sobre el bien y el

mal se relajaban bastante. Lo embarazoso era que variaba sus criterios de modo súbito, atendiendo los cambios a su estado emocional. Dicho de otra manera, autorizaba o negaba según de qué humor estuviera. En ese sentido, es comentable que pocas veces la vi de buen humor. Casi nunca parecía contenta y feliz con su vida. En ocasiones se quedaba con la mirada perdida en el horizonte, como si algún fantasma la hubiera visitado sin avisar. No llegué a comprender el motivo de esas ausencias hasta muchos años después. En cualquier caso, presentaba síntomas de no ser una mujer feliz. De vez en cuando suspiraba profunda y desgarradoramente sin venir a cuento. Lloraba a lágrima viva (más allá de lo razonable) cuando veía en televisión a las víctimas que había causado algún desastre natural en un país remoto. También de modo aleatorio, soltaba una enigmática expresión que parecía la suma y esencia de alguna aflicción no especificada. Decía: «¡Ay, la vida, cómo es!». Nadie sabía a la vida de quién estaba refiriéndose y qué tipo de características, obviamente negativas, eran el compendio de tal vida. Ante aquella exclamación, mitad lamento, mitad conclusión filosófica, mis hermanas solían mirar hacia otra parte sin hacer comentarios. Mi padre se limitaba a darle a su cónyuge unos golpecitos en el hombro, y cuando su tono le parecía especialmente desolado, añadía: «¡Vamos, Paula, ánimo!». Yo, ya en los comienzos de la convivencia, la observaba con cierto hastío y me preguntaba por qué la vida le parecía algo tan tenebroso como para ponerse así. Para mí no resultaba tan terrible, ni veía indicios a mi alrededor que fueran suficientes para sumirla en trances tan descorazonadores. Con el paso de los años mi desconcertado fastidio inicial se convirtió en pura animadversión. Detestaba verla llorar por los terremotos sucedidos en el culo del mundo, me llevaban los demonios al oírla suspirar y la hubiera asesinado cada vez que llegaba a mis oídos uno de sus «¡La vida, cómo es!».

El tono de lo que estoy contando sobre mi madre puede juzgarse como duro, poco clemente, aunque en realidad tener una madre melancólica y agorera no es el fin del mundo. Cientos de personas han tenido una madre así: ojos velados por el llanto, suspiros de perro echando la siesta..., nada imposible de soportar o incluso aceptar. Hay que ser compasivo con las madres, especialmente si consideramos lo importantes que son en todo el reino animal y el número limitado de las que podemos disfrutar: una por persona. Y de hecho yo nada hubiera tenido que objetar a una madre melancólica al uso, pero la que me había tocado en suerte, pasados los instantes de zozobra, se convertía en alguien autoritario y brutal. Era inmisericorde con amigos y conocidos, criticándolos sin excepción. Se mostraba férrea con los más débiles, poco comprensiva con las flaquezas humanas, estricta con las reglas de todo tipo y no le costaba demasiado levantar contra alguien un dedo acusador. Práctica y clarividente en las situaciones prosaicas de la vida diaria, sólo si se te había llevado por delante un ciclón en Filipinas tenías opción a alguna lágrima de piedad.

Mi madre era de cuidado. Sus indicaciones, prohibiciones y reflexiones alcanzaban los recovecos más ocultos de la vida familiar. Influyó, por utilizar un verbo suave, en los estudios y matrimonios de mis hermanas, en las decisiones de mi padre, en la visión del mundo que configuraba el ideario de nuestra pequeña comunidad. Era exactamente como Dios, nada ni nadie podía escapar al escrutinio de su ojo sobrenatural. Yo sí llegué a conseguirlo a fuerza de rebeldía y desplantes. Por fortuna, tenía fe en mi propio criterio y me acostumbré a analizar su comportamiento sin el más ligero atisbo de piedad, como bien aprendí de ella misma. No salí indemne de esa batalla continua, por supuesto; si bien los traumas que hubiera podido sufrir viajan conmigo, no se han revelado lo suficientemente terribles como para impedirme llevar

una vida normal. Es significativo que nunca haya gastado ni un céntimo en psiquiatras. No lo digo con orgullo altanero, pero sí con clara satisfacción.

¿No tenía mi madre algunas virtudes? Desde luego que sí. Era perspicaz, intuitiva, le encantaba leer, admiraba el conocimiento, la cultura y a la gente brillante: literatos, científicos, políticos de la extinta República española, pintores, actores y médicos de relumbrón. Me encantaba oírla contar una anécdota del doctor Marañón. Según ella, una amiga de Madrid fue a consultar con el célebre doctor porque le dolía insistentemente una rodilla. El sabio le miró la pierna con atención y, antes de que hubiera pasado ni un minuto, le preguntó: «¿Alguno de sus antecedentes familiares tenía seis dedos en un pie?», a lo que la amiga, sin dar crédito y casi emocionada, respondió: «¡Sí, mi abuelo!». Está claro que se trata de una historia apócrifa, pero aquello de convertir a Marañón en una especie de fenómeno de feria tenía su aquel. También manifestaba su entusiasmo por los discursos de los políticos de la República: «¡Qué oratoria, qué brillantez, qué uso virtuoso del vocabulario!». Como se ve, sus alabanzas a aquellas lumbreras nacionales se basaban siempre en un punto de vista formal, nunca comentaba el contenido de los discursos.

Mi madre era también muy generosa, nada tacaña, educada y afable con la gente, pero la virtud que fue trascendental para mí resultó ser su feminismo. Aun sin haber profundizado en todas las implicaciones teóricas del término, mi madre era profundamente feminista. Pensaba, quizá por el hecho de haber parido sólo féminas, que las mujeres debían prepararse, estudiar, trabajar fuera de casa y labrarse su lugar en el mundo. Decía cosas contundentes: «Los hijos son una gran limitación para las mujeres» o «El matrimonio te hace cargar con un peso extra que el hombre nunca lleva sobre sí». Tras soltar semejantes perlas dinamiteras, las dulcificaba o contradecía cuando las

aplicaba sobre sí misma: «Siempre he amado a mis hijas por encima de todas las cosas», «Casarme con vuestro padre fue la decisión más acertada de mi vida. No sé qué hubiera hecho sin él».

Es completamente cierto que amaba a su marido, pero a su manera, claro está. De sus conversaciones siempre se deducía que reprochaba a mi padre su falta de ambición y que, aun a pesar de haber tomado la resolución correcta casándose con él, hubiera podido aspirar a alguien mucho más cotizado en sociedad. En cualquier caso, siempre he pensado que eran dos enamorados, que lo fueron hasta el final, hasta que la muerte los separó, tal y como habían prometido en el rito matrimonial de una religión en la que no creía ninguno de los dos. Se ayudaban, se comprendían, se guardaban fidelidad..., raramente los vi discutir, no tenían motivos para hacerlo, llevaban una vida sencilla, convencional, en la que la repercusión de cualquier conflicto íntimo no tenía cabida. Puede que los planes de juventud que hubieran forjado para su futuro se vieran frustrados, eran perdedores de la guerra civil, pero se adaptaron bastante bien a lo que les deparó el destino: vivir día a día en un mundo gris.